AMERICAN ROYALS

RBA MOLINO

AMERICAN ROYALS

KATHARINE McGEE

Traducción de Manuel de los Reyes

RBA

Esta es una obra de ficción. Todos los hechos, diálogos y personajes, con la excepción de algunos históricos y públicos conocidos, son productos de la imaginación de la autora y no deben interpretarse como reales. En los momentos en que aparecen personajes históricos o figuras públicas, las situaciones, hechos y diálogos que conciernen a estas personas son inventados, y no pretenden describir situaciones actuales ni cambiar la naturaleza de ficción de la obra. En todos los demás aspectos, cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Título original inglés: *American Royals*.
Autora: Katharine McGee.

Publicado originalmente en Estados Unidos por Random House Children's Books, un sello de Penguin Random House LLC, Nueva York.

Producido por Alloy Entertainment, LLC.

alloyentertainment

alloyentertainment.com

© Katharine McGee y Alloy Enterntaintment, 2019.
© de la traducción: Manuel de los Reyes García Campos, 2020.
© del arte de la cubierta: Carolina Melis, 2019.
Diseño de la cubierta: Alison Impey.
Adaptación de la cubierta: Lookatcia.com.
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2020.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: febrero de 2020.

RBA MOLINO
REF.: MONL555
ISBN: 978-84-272-1650-1
DEPÓSITO LEGAL: B.695-2020

COMPOSICIÓN · EL TALLER DEL LLIBRE, S.L.

Impreso en España · *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

PARA ALEX

PRÓLOGO

Ya conoces la historia de la Guerra de Independencia y el nacimiento de la monarquía americana.

Puede que la aprendieras en los libros ilustrados que leías en la infancia. En las representaciones del colegio, esas en las que habrías deseado interpretar al rey George I o a la reina Martha, pero acabaste siendo un cerezo. La conoces por las canciones, las películas y los libros de historia, y por aquel verano que visitaste la capital y te sumaste a la visita guiada al Palacio de Washington.

Has escuchado la historia tantas veces que podría contarla tú mismo: después de la batalla de Yorktown, el coronel Lewis Nicola se postró ante el general George Washington y le suplicó, en nombre de toda la nación, que se convirtiera en el primer rey americano.

Evidentemente, el general accedió.

A los historiadores les encanta debatir sobre lo que podría haber sucedido en unas circunstancias diferentes. ¿Y si el general Washington se hubiera negado a ser rey porque prefería ser un

representante elegido democráticamente? Un primer ministro... o incluso inventarse un nuevo nombre para ese puesto, como *presidente*. Quizás, inspiradas por el ejemplo americano, otras naciones (Francia, Rusia y Prusia, Austria-Hungría, China y Grecia), acabarían por abolir sus monarquías y darían lugar a una nueva era democrática.

No obstante, todos sabemos que eso nunca sucedió. Y tampoco has venido aquí para leer un cuento inventado. Lo que buscas es lo que sucedió a continuación, el aspecto que tiene América doscientos cincuenta años después, con los descendientes de George I todavía en el trono.

Es una historia de salones de baile inmensos y pasadizos ocultos. De secretos y de escándalos, de amor y de corazones rotos. Es la historia de la familia más famosa del mundo, que representa sus dramas en el mayor escenario de todos.

Esta es la historia de la familia real americana.

1
BEATRICE

ÉPOCA ACTUAL

Beatrice conocía bien su linaje, que se remontaba al siglo X. En realidad, solo era por parte de la reina Martha, aunque la mayoría prefería no mencionar ese detalle. Al fin y al cabo, el rey George I no había sido nada más que un hacendado advenedizo de Virginia hasta que tuvo buen ojo para casarse y mejor aún para luchar. Tan bien luchó que ayudó a lograr la independencia de América y su pueblo se lo agradeció con una corona.

No obstante, a través de Martha, al menos, Beatrice era capaz de retroceder más de cuarenta generaciones por su árbol genealógico. Entre sus antepasados se contaban reyes, reinas y archiduques, eruditos y soldados, incluso un santo canonizado. «Tenemos mucho que aprender de nuestro pasado —le recordaba siempre su padre—. Nunca olvides de dónde vienes».

Costaba olvidar a tus antepasados cuando llevabas sus nombres contigo, como le sucedía a Beatrice: Beatrice Georgina Fredericka Louise de la Casa de Washington, princesa real de América.

El padre de Beatrice, su majestad el rey George IV, le lanzó una miradita. Ella se enderezó en el asiento por acto reflejo para escuchar al alto condestable repasar los planes para el Baile de la Reina, que se celebraba al día siguiente. Tenía los dedos entrelazados sobre su recatada falda de tubo y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, porque, como le había grabado a fuego su profesora de etiqueta (golpeándole la muñeca con una regla cada vez que se equivocaba), una dama nunca cruza las piernas a la altura de los muslos.

Y las normas eran más estrictas para Beatrice que para nadie, puesto que no solo era una princesa, sino también la primera mujer que heredaría el trono americano. La primera mujer que sería reina por derecho propio: no una reina consorte, casada con un rey, sino una verdadera soberana reinante.

De haber nacido veinte años antes, la sucesión se la habría saltado para recaer en Jeff. Pero era por todos sabido que su abuelo había abolido aquella ley centenaria y había dictado que, en todas las generaciones subsiguientes, el trono pasara al descendiente de mayor edad, no al mayor de los varones.

Beatrice dejó vagar la mirada por la mesa de reuniones que tenía ante sí. Estaba cubierta de papeles y tazas de café cuyo contenido se había enfriado horas antes. Era el día de la última sesión del gabinete hasta enero, lo que significaba que habían revisado multitud de informes anuales y largas hojas de cálculo de análisis.

Las reuniones del gabinete siempre se celebraban allí, en la Cámara Estrellada, que recibía su nombre por las estrellas doradas pintadas en sus paredes azules y por el famoso óculo con forma de estrella del techo. El sol invernal entraba a través de él y derramaba tentadores charcos de luz sobre la mesa. Aunque no es que Beatrice fuera a tener la oportunidad de disfrutar de él. Rara vez le quedaba tiempo para pisar el exterior, salvo en los días en que se levantaba antes del alba para unirse

a su padre en su recorrido por la capital, flanqueada por sus agentes de seguridad.

Durante un breve e inusitado instante, se preguntó lo que estarían haciendo sus hermanos, si ya estarían de vuelta de su viaje relámpago a Asia Oriental. Samantha y Jeff, mellizos y tres años menores que Beatrice, formaban una pareja peligrosa. Eran alegres y espontáneos, rebosaban malas ideas y, a diferencia de la mayoría de los adolescentes, contaban con el poder necesario para llevarlas a cabo, para desgracia de sus padres. Seis meses después de terminar el instituto, estaba claro que ninguno de los dos sabía qué hacer con su vida, salvo celebrar que habían cumplido los dieciocho y ya podían beber alcohol legalmente.

Nadie esperaba nada de los mellizos, nunca. Todas las expectativas, tanto en la familia como, en realidad, en el mundo entero, se centraban en Beatrice como si la apuntaran con un foco al rojo vivo.

El alto condestable terminó su informe al fin. El rey asintió con elegancia y se levantó.

—Gracias, Jacob. Si no hay ningún otro asunto que tratar, daremos por concluida la reunión de hoy.

Todos se pusieron en pie y empezaron a salir de la sala charlando sobre el baile del día siguiente o sus planes para las vacaciones. Parecían haber dejado al margen, por el momento, sus rivalidades políticas (el rey procuraba que la composición de su gabinete se repartiera de manera equitativa entre federalistas y republicanos demócratas), aunque Beatrice estaba segura de que la lucha continuaría con energía renovada al año siguiente.

Su guardaespaldas personal, Connor, levantó la mirada en su puesto, a las puertas de la sala, junto al encargado de la seguridad del rey. Ambos hombres eran miembros de la Guardia de Honor, el cuerpo de élite dedicado al servicio de la Corona.

—Beatrice, ¿puedes quedarte un minuto? —le preguntó su padre.

—Por supuesto —respondió ella, deteniéndose en el umbral.

El rey se sentó de nuevo, y ella lo imitó.

—Gracias de nuevo por ayudarme con las nominaciones —le dijo el monarca.

Los dos miraron hacia el papel que tenía delante, en el que se veía una lista de nombres en orden alfabético.

—Me alegro de que los hayas aceptado —repuso ella sonriente.

La fiesta navideña anual del palacio, el Baile de la Reina, se celebraba al día siguiente; el nombre conmemoraba el primer baile de Navidad, en el que la reina Martha había instado al rey George I a que ennobleciera a decenas de americanos que habían ayudado en la guerra. La tradición se mantenía desde entonces. Todos los años, en el baile, el rey concedía títulos nobiliarios a aquellos americanos que habían destacado por su servicio al país, de modo que pasaban a ser lores y ladies. Y, por primera vez, había permitido que Beatrice sugiriera a los candidatos a nobles.

Antes de poder preguntar qué quería de ella, alguien llamó a la puerta. El rey dejó escapar un profundo suspiro de alivio cuando la madre de Beatrice entró en el cuarto.

La reina Adelaide procedía de la nobleza por ambos lados de la familia. Antes de su matrimonio con el rey había heredado el ducado de Cañaveral y el de Savannah. La gente la llamaba la Doblemente Duquesa.

Adelaide había crecido en Atlanta y nunca había perdido su etéreo encanto sureño. Sus gestos seguían teniendo un toque de elegancia: la forma en que ladeaba la cabeza cuando sonreía a su hija, el giro de la muñeca al acomodarse en la silla de nogal a la derecha de Beatrice. Unas mechas de color caramelo iluminaban su melena castaña, que se rizaba todas las mañanas con rulos térmicos para después recogérsela con una diadema.

Por la forma en que se habían sentado, con un progenitor a

cada lado, enjaulándola, le daba la clara sensación de haber caído en una emboscada.

—Hola, mamá —la saludó algo sorprendida, ya que la reina no solía participar en sus debates políticos.

—Beatrice, tu madre y yo esperábamos poder hablar un momento sobre tu futuro —empezó a decir el rey.

La princesa parpadeó, desconcertada, puesto que ella siempre estaba pensando en el futuro.

—A un nivel más personal —le aclaró su madre—. Nos preguntábamos si en estos momentos hay alguien... especial en tu vida.

Beatrice se sobresaltó, ya que, a pesar de que se esperaba aquella conversación tarde o temprano y había hecho todo lo posible para prepararse mentalmente para ello, pensaba que no ocurriría tan pronto.

—No, nadie —les aseguró.

Sus padres asintieron con la cabeza, distraídos; ambos conocían la respuesta de antemano. El país entero la conocía.

—A tu madre y a mí nos gustaría que consideraras la posibilidad de empezar a buscar pareja —dijo su padre tras aclararse la garganta—. A la persona con la que pasarás el resto de tu vida.

Sus palabras parecieron rebotar, amplificadas, por la Cámara Estrellada.

Beatrice apenas tenía experiencia en temas románticos, por mucho que varios príncipes extranjeros de su edad lo hubieran intentado. El único que había llegado a una segunda cita era el príncipe Nikolaos de Grecia. Sus padres lo habían instado a participar en un programa de intercambio en Harvard durante un semestre, con la evidente intención de que la princesa americana se volviera loca de amor por él. Beatrice salió con él para agradar a ambas familias, pero no sacó nada en claro del asunto, aunque, como el hijo menor de una familia real, Nikolaos era uno de los pocos hombres disponibles para ella. La futura monarca solo podía casarse con alguien de sangre noble o aristocrática.

Beatrice siempre había sabido que tenía prohibido salir con la persona equivocada; ni siquiera se le permitía besar a la persona equivocada, como parecía hacer todo el mundo en la universidad. Al fin y al cabo, nadie quería ver a su futura reina volviendo de una noche de juerga con la ropa sospechosamente arrugada.

No, era mucho más seguro que la heredera al trono no tuviera un pasado sexual que después la prensa le echara en cara: nada de antiguos novios, ningún ex que vendiera secretos íntimos en una autobiografía sin censurar. En las relaciones de Beatrice no podía haber altibajos. Una vez que empezase a salir en público con alguien, se acabó: tendrían que ser felices y estables, y mostrarse entregados el uno al otro.

No había necesitado más aliciente para renunciar casi por completo a las citas.

La prensa llevaba muchos años aplaudiéndola por cuidar tan bien su reputación. Sin embargo, desde que cumplió los veintiuno, había notado un cambio en la forma en que hablaban de su vida amorosa. En vez de dedicada y virtuosa, los periodistas empezaban a llamarla solitaria y digna de compasión, o peor aún: frígida. Se quejaban de que, si nunca salía con nadie, ¿cómo iba a casarse y dar inicio al importantísimo trabajo de procrear al siguiente heredero al trono?

—¿No pensáis que soy demasiado joven para preocuparme por eso? —preguntó Beatrice, aliviada al comprobar que hablaba con mucha calma. Aunque, en fin, la habían educado desde pequeña para ocultar sus emociones del ojo público.

—Yo tenía tu edad cuando tu padre y yo nos casamos. Y me quedé embarazada de ti al año siguiente —le recordó la reina.

Una idea realmente terrorífica.

—¡Eso fue hace veinte años! —protestó Beatrice—. Nadie espera que... Quiero decir, los tiempos han cambiado.

—No estamos diciendo que tengas que subir al altar mañana

mismo. Lo único que te pedimos es que empieces a pensar en ello. No será una decisión fácil, y queremos ayudarte.

—¿Ayudarme?

—Hay varios jóvenes que nos encantaría presentarte. Los hemos invitado a todos al baile de mañana por la noche.

La reina abrió su bolso de cuero granulado y sacó una carpeta de la que asomaban etiquetas de plástico de colores. Se la entregó a su hija.

En cada etiqueta se leía un nombre: lord José Ramírez, futuro duque de Texas; lord Marshall Davis, futuro duque de Orange; lord Theodore Eaton, futuro duque de Boston.

—¿Estáis intentando buscarme novio?

—Solo te ofrecemos algunas opciones. Queremos presentarte a algunos jóvenes que podrían encajar.

Beatrice hojeó la carpeta, aturdida. Había todo tipo de información: árboles genealógicos, fotos, expedientes académicos del instituto, e incluso la altura y el peso de cada chico.

—¿Habéis usado vuestra autorización de seguridad para conseguir todo esto?

—¿Qué? No. —El rey parecía escandalizado ante la mera sugerencia de que hubiera abusado de sus privilegios en la Agencia de Seguridad Nacional—. La información nos la han proporcionado de buen grado estos jóvenes y sus familias. Saben dónde se meten.

—Así que ya habéis hablado con ellos —repuso Beatrice, envarada—. ¿Y queréis que mañana por la noche, en el Baile de la Reina, me entreviste con estos... maridos en potencia?

—¡Así dicho suena muy impersonal! —se quejó su madre, que arqueó las cejas para demostrar su disgusto—. Lo único que te pedimos es que charles con ellos, que los conozcas un poco mejor. ¿Quién sabe? Puede que uno de ellos te sorprenda.

—Puede que sí sea como una entrevista —reconoció el rey—. Beatrice, cuando por fin elijas a alguien no será tan solo tu mari-

do, sino también el primer rey consorte de América. Y casarse con la monarca reinante es un trabajo a tiempo completo.

—Un trabajo que no se acaba nunca —añadió la reina.

A través de la ventana, Beatrice oyó carcajadas y parloteo en el Patio de Mármol, y una única voz que luchaba con gallardía por alzarse por encima del estrépito. Seguramente se trataba de la visita guiada de algún colegio, el día antes de las vacaciones de invierno. Aquellos adolescentes no eran mucho menores que ella, y sin embargo Beatrice se sentía a una distancia irrevocable de ellos.

Usó el pulgar para levantar las hojas de la carpeta y después dejarlas caer de nuevo en cascada; en total, se trataba de tan solo una docena de chicos.

—Esta carpeta es bastante fina —comentó en voz baja.

Evidentemente, siempre había sabido que tendría que pescar en un estanque muy pequeño, que sus opciones románticas eran en extremo limitadas. No tanto como hacía cien años, cuando el matrimonio de un rey era un asunto de política pública más que del corazón. Al menos no tendría que casarse para sellar un tratado.

No obstante, parecía mucho pedir que fuera capaz de enamorarse de una de las personas de aquella lista tan corta.

—Tu padre y yo hemos sido muy exhaustivos. Hemos examinado a todos los hijos y nietos de la nobleza antes de reunir estos nombres —respondió su madre en tono amable.

—Tienes unas cuantas opciones estupendas, Beatrice —dijo el rey asintiendo—. Todos los muchachos incluidos en la carpeta son inteligentes, considerados y de buena familia; la clase de hombres que te apoyarán sin dejar que su ego se inmiscuya.

«De buena familia». Beatrice sabía qué significaba aquello. Eran los hijos y los nietos de importantes nobles americanos, aunque solo porque los príncipes extranjeros que rondaban su edad (Nikolaos, Charles de Schleswig-Holstein o el gran duque Pieter) ya habían quedado descartados.

Beatrice miró primero a su madre y después a su padre.

—¿Y si mi futuro marido no está en la lista? ¿Y si no quiero casarme con ninguno de ellos?

—Ni siquiera los conoces todavía —repuso su padre—. Además, a tu madre y a mí nos presentaron nuestros padres, y mira lo bien que ha salido —añadió mirando a la reina a los ojos mientras esbozaba una dulce sonrisa.

La joven asintió, algo más tranquila. Sabía que su padre había elegido a su madre justo así, de una corta lista de opciones aprobadas previamente. Solo se habían reunido una docena de veces antes del día de su boda. Sin embargo, su matrimonio concertado había acabado floreciendo en una auténtica unión por amor.

Intentó considerar la posibilidad de que sus padres estuvieran en lo cierto: de que ella pudiera enamorarse de uno de los jóvenes incluidos en aquella carpeta de tamaño aterrador.

No parecía probable.

Todavía no conocía a aquellos nobles, pero ya se imaginaba cómo eran: la misma clase de chicos mimados y egocéntricos que llevaban años revoloteando a su alrededor. La clase de chicos que había rechazado con mucha precaución en Harvard cada vez que la invitaban a la fiesta de uno de sus exclusivos clubes masculinos o a la fiesta de una fraternidad. La clase de chicos que la miraban y no veían a una persona, sino una corona.

A veces, a Beatrice se le ocurría una idea traidora: que sus padres también la veían así.

El rey apoyó las palmas de las manos en la mesa de reuniones. Sobre la piel bronceada de sus manos brillaban un par de anillos: la sencilla alianza dorada de su boda y, a su lado, el pesado aro que llevaba grabado el Gran Sello de América. Sus dos matrimonios: con la reina y con su país.

—Nuestra esperanza siempre ha sido que te enamores de alguien que, además, sea capaz de hacer frente a las exigencias que vienen aparejadas con esta vida —le dijo el rey—. Alguien que sea la elección adecuada tanto para ti como para América.

Beatrice escuchó el significado implícito: que, si no encontraba a alguien que encajara en ambos papeles, América siempre debía ser lo primero. Más importante que seguir los dictados de su corazón era que se casara con alguien capaz de encargarse de aquel trabajo y hacerlo bien.

Lo cierto era que Beatrice había renunciado a su corazón tiempo atrás. Su vida no le pertenecía, sus elecciones nunca eran del todo suyas; lo había sabido desde niña.

Su abuelo, el rey Edward III, se lo había dicho en su lecho de muerte. El recuerdo permanecería siempre grabado en su cerebro: el olor aséptico del hospital, las luces amarillas fluorescentes, el tono imperioso con el que su abuelo había echado a todo el mundo de la habitación. «Tengo que decirle un par de cosas a Beatrice», había anunciado con aquella voz profunda y aterradora que usaba solo con ella.

El rey moribundo había arropado las manitas de Beatrice en las suyas, ya frágiles.

—Hace mucho tiempo, las monarquías existían para que el pueblo sirviera al monarca. Ahora es el monarca el que debe servir al pueblo. Recuerda que ser una Washington y dedicar tu vida a esta nación es un honor y un privilegio.

Beatrice asintió con aire solemne. Sabía que su deber consistía en poner siempre primero al pueblo; todo el mundo se lo repetía desde que nació. Las palabras «para servir a Dios y el país» estaban pintadas en las paredes de su dormitorio, literalmente.

—A partir de ahora serás dos personas a la vez: Beatrice, la niña, y Beatrice, la heredera de la Corona. Cuando esas dos personas deseen cosas distintas, la Corona debe ganar. Siempre —añadió su abuelo, muy serio—. Júramelo.

Sus dedos se cerraron sobre los de la niña con una fuerza sorprendente.

—Lo juro —había susurrado Beatrice.

No recordaba haber decidido pronunciar aquellas palabras conscientemente; era como si una fuerza mayor que ella, quizás el espíritu de la misma América, se hubiera apoderado de ella por un momento y se las hubiera arrancado del pecho.

Beatrice vivía para honrar aquel juramento sagrado. Siempre había sabido que la decisión a la que se enfrentaba la esperaba en el futuro. Sin embargo, estaba siendo todo tan repentino que se quedó sin aliento: sus padres esperaban que empezara a elegir marido al día siguiente y, además, de entre una lista muy reducida de candidatos.

—Ya sabes que esta vida no es fácil —le dijo el rey con amabilidad—. Que, a menudo, lo que se ve desde fuera no tiene nada que ver con lo que es desde dentro. Beatrice, es esencial que encuentres al compañero adecuado para compartirla. Alguien que te ayude a superar los retos y a disfrutar de los éxitos. Tu madre y yo somos un equipo. No podría haber hecho nada de esto sin ella.

Beatrice tragó saliva para intentar deshacer el nudo de su garganta. Bueno, si necesitaba casarse por el bien de país, bien podía intentar elegir a uno de los chicos aprobados por sus padres.

—¿Queréis que revisemos los candidatos antes de conocerlos mañana? —preguntó al fin, y abrió la carpeta por la primera página.